

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 7 Septiembre 1916.

Número 36.

EL MOTÍN, á todos los republicanos

La situación del partido

Si, como afirman algunos, el pasado y el presente llevasen en su seno fatalmente engendrado el porvenir, bien se podría anunciar desde ahora sin temor á equivocarse, la próxima desaparición del partido republicano.

No hablemos del pasado. ¿Quién que de veras ame la República, lo recordará sin tristeza y sin ira? ¿Quién recordará sin pena y sin enojo aquella República henchida de todas las esperanzas, que, como caso único en la historia del mundo, advino legalmente constituida, sin lucha y sin trastornos, sin que para establecerla hubiera que subvertir nada ni sacar nada de su ordinario asiento, sin que tuviera que borrar una gota de sangre ni que enjugar una lágrima siquiera, y que, sin haber vivido ni un sólo día, murió á manos de los que se decían sus progenitores? ¿Y cómo recordar sin indignación los veinticinco años transcurridos hasta 1898, la Restauración despertando y alimentando todas las concupiscencias, corrompiendo el espíritu público, envenenando y disolviendo el alma nacional, haciendo impúdica almoneda de nuestro patrimonio y de nuestra Historia, mientras los dioses mayores y menores del republicanismo consumían en sus mezquinas rivalidades personales la fe en el ideal, el espíritu de sacrificio, las últimas esperanzas de un pueblo hambriento de pan, anhelante de luz, sediento de justicia? Nunca como tratándose del pasado republicano, hay que tener presente la piadosa frase de ¡paz á los muertos!

Bien: paz á los muertos. Dejemos el pasado enterrado piadosamente y aceptemos sus culpas y sus yerros como quien recibe una herencia sagrada, con más cargas que beneficios; pero advirtamos que no tenemos derecho á olvidarlo, porque ese pasado republicano encierra una experiencia única y costosísima, y demasiado amarga y dolorosa.

* *

Y si recordar el pasado republicano es triste é indignante ¿qué decir del presente?—Haremos notar que, para nosotros al menos, el presente del partido republicano lo constituye el

momento político transcurrido desde 1898 hasta hoy, caracterizado por la intervención de los que actualmente dirigen la política republicana; si es que al caos actual se le puede dar ese nombre.

Este presente no es menester recordarlo ni exponerlo; está en la memoria y á la vista de todos, y sería tarea no menos trabajosa que la limpieza de los famosos establos, enumerar las defecciones, los odios y luchas personales, el utilitarismo y las bajas ambiciones que lo llenan.

Una sola cosa, digna de la mayor estima, nos habían legado nuestros ilusos gobernantes del 73. Ellos no supieron ni conservar ni restaurar la República, es cierto: pero al menos el cadáver que nos transmitieron en depósito estaba envuelto en túnica de blanco armiño, y la faz inmaculada y serena, irradiando suave destello de luz ideal, daba la esperanza de verle resucitar, y movía á abrazarse á él para volverle á la vida. Hoy... ¡vergüenza para todos! más que atraer, hace volver el rostro con repugnancia. El partido republicano, que debía ser un lago cristalino donde navegasen los caballeros del ideal, parece una charca fangosa propia para reptiles.

Pero, por triste que esto sea, ¿es que el remedio puede salir de remover el fango? No: el remedio sólo puede estar en ver la manera de desaguar la charca sin tocar al cieno, y hacer que fluyan á ella las aguas puras de la montaña. Pero esto hay que hacerlo enseguida, porque el sentimiento republicano se va debilitando más cada día y el partido está en trance de muerte. Aunque haya y pueda haber durante algún tiempo, en esta y la otra provincia, con más ó menos aparente vitalidad, alguno que otro de los numerosos grupos y capillas que el republicanismo personalista ha levantado, nadie que no sea ciego ó iluso verá en tales bandos un partido político, una fuerza capaz de transformar la vida de la nación.

Cuando, más que la inclemente Naturaleza, la torpeza y abandono de los hombres amenaza dejar esterilizarse una comarca, la fertilidad no desaparece al mismo tiempo en todo el término: aquí y allá, donde la fer-

tilidad era mayor, van quedando pequeñas zonas de vegetación que la fuerza desecatriz oprime y reduce más y más cada día, hasta que al fin la vida orgánica desaparece del todo. Este es el caso y la situación del partido republicano. Y, sin embargo, el partido republicano no debe morir.

Su necesidad y significación en la vida nacional

No nos referimos á la superioridad del ideal político que contiene. Sería pueril invocar en estas circunstancias la consustancialidad de la forma y la esencia para proclamar la necesidad del partido republicano; así como también es pasarse de listo, tomándonos á los demás por bobos, invocar para justificar ciertas colaboraciones, la accidentalidad de las formas de gobierno. Esas viejas teorías son tópicos de abogado, nueces vacías que ya no engañan á nadie. Basta amar la República para comprender la superioridad del ideal republicano; mas el amarla no ha sido ni será nunca una cuestión de filosofía especulativa, sino de sentir un poco vivamente la dignidad humana y de sentirse ó no inclinado á amar á los humildes, á los que viven en oscuridad espiritual perpetua y sufren todas las hambres de la vida individual y social; los cuales vivirían en mayor oscuridad y las sufrirían en mayor grado aún, sin el esfuerzo y el sacrificio de los hombres generosos que se sintieron unidos á ellos, no por verbales preceptos de un dogma ni por ninguna especie de razonamiento metafísico, sino por esa fraternidad cordial, afectiva, que es, ó debe ser, el alma de los partidos republicanos, puesto que ella es quien los fecunda y ennoblece.

Tampoco nos referimos á que el partido republicano no pueda morir. No, nada de eso. Los dioses mismos caducan, perecen y desaparecen; de modo que el partido republicano español, falto de su contenido ideal, cuerpo sin alma, bien puede desaparecer también.

Lo que queremos decir y decimos ahora claramente, á fin de que los que deban oír, oigan, y los que deban entender, entiendan, es, que en la situación en que se encuentra España, la desaparición del partido re-

publicano significaría algo más que el derrumbamiento de la casa de Tócame-Roque, que es actualmente; algo más que la ingertación de unos cuantos políticos en la frondosa yedra caciquil que ahoga á esta desventurada España; y algo más que el oscurecimiento de un ideal político progresivo; significaría—piensen bien en esto los republicanos voluntariamente retraídos en sus casas—la desaparición del último recurso con que pudiera contar España para salvarse. Es decir, que la existencia del partido republicano está hoy ligada á la existencia misma de España como nación. No se escandalicen los monárquicos de cierta clase que esto lean; pues, quíeránlo ó no, no por eso es menos cierto que la aspiración republicana ha sido y es en nuestra patria un imperativo del instinto nacional. En naciones como Inglaterra, como Holanda, como Italia misma, la aspiración republicana puede ser una consecuencia del progreso, puede nacer de la proximidad á la realización del ideal político; en otras, como en los Estados Unidos y demás naciones de América, ha podido surgir espontáneamente—sobre todo por la falta de tradiciones monárquicas—al advenimiento mismo de la nacionalidad; pero en España, en esta nación, monárquica por excelencia y absolutista hasta ayer mismo, que durante siglos y siglos ha soportado sobre su frente encima de la pesada corona de los reyes, la aplastante tiara de los papas, la aspiración republicana es evidente que no ha podido nacer, ni por la falta de tradiciones monárquicas ni por evolución del progreso político; si brotó al fin, y se mantiene aún, á pesar de todas las torpezas, traiciones y deserciones de los que debían encauzarla y convertirla en acción creadora, es porque ha echado sus raíces en las más vitales profundidades del alma española.

La nación que ha realizado los mayores esfuerzos de voluntad que registra la Historia—no sólo llevando á cabo grandes y gloriosos hechos, sino resistiendo con heroica firmeza la más larga y extenuante de todas las decadencias—no podía resignarse á morir pasivamente; y, al surgir con el progreso de las artes mecánicas y con las del comercio y de la industria el moderno imperialismo, viéndose en peligro de ser vencida y arrollada en la concurrencia universal de las naciones, hizo brotar, por imperativo del instinto, en lo más hondo y vivo de su ser, que es el pueblo, y como la única fuerza capaz de trasformarla y adaptarla á las necesidades de la lucha, el sentimiento republicano. Por esta razón, los que, llevados de bajas ambiciones, explotan, debilitan y, si se les dejase, acabarían por matar ese sentimiento en el corazón del pueblo, son en nuestra patria algo más que

vulgares delincuentes políticos: son, si así puede decirse, patricidas.

La crisis de la nacionalidad

Veamos cuál es el momento político que atravesamos. Sin desconocer en nuestra patria cierto progreso urbano, agrario é industrial, obra, no del Estado, sino de las iniciativas individuales, mas dando de lado á los optimismos interesados de los que en realidad no tienen mas patria que el negocio ni más ideal que el hacer dinero, sea como sea; y dejando á un lado también ciertos halagos de fuera, cuyo valor no podemos aquilatar hoy, la verdad cruda es que á la conclusión de esta guerra, cualesquiera que sean los triunfadores, España está amenazada de convertirse, con más ó menos suavidad y rapidez, con protectorado más ó menos aparente, en una colonia más, de las que constituyen y nutren el moderno imperialismo. No pretendemos hacer ningún descubrimiento. Ya sabemos que esta es una verdad presentida por muchos, aunque pocos la dicen claramente. Tampoco son un secreto de Estado las medidas de gobierno que podrían conjurar tal peligro. Buena parte de ellas constituyen el programa del actual gobierno, que, como no nos duelen prendas, pues el interés nacional no puede herir nunca nuestras convicciones, queremos creer que procede esta vez sinceramente. Pero en la presente situación de nuestra patria hay algo más fuerte que la voluntad de los gobernantes, y aun que la del más alto poder del Estado. Estos, y más todavía otros que puedan sustituirles, son esclavos de sus propias culpas. La fatalidad de la obra que recibieron en herencia, el influjo incontestable de los intereses que ellos mismos crearon ó contribuyeron á crear y que constituyen su razón de ser como gobernantes, los reduce á la impotencia. Su fracaso puede darse por descontado, pues como se ha puesto de relieve en la última etapa parlamentaria, los problemas de cuya solución depende que España sea ó no dueña de sus destinos, están en abierta oposición con los intereses que sostienen al gobierno en el poder, los cuales, antes que ceder, lo arrojarán de él.

Trasformar la economía nacional de modo que la nación pueda en breve tiempo llegar á bastarse así misma; abaratar la vida del pueblo, á fin de contener su degeneración y de que no emigre lo más sano y enérgico de él y pueda ser la base indestructible de la nacionalidad, la fuente de donde manen las aguas fecundantes y renovadoras de la vida nacional; poner la nación en estado de defenderse con sus propios recursos de cualquier agresión exterior, no importa de quien sea; trasformar y extender la cultura de modo que produzca hombres com-

prensivos y aptos para los menesteres del vivir presente, en vez de los parias embrutecidos y loros amaestrados que hoy producen la escuela y la Universidad... ¿Cabe, sin pecar de iluso, esperar que este gobierno, único de la monarquía de quien podía esperarse, va á resolver esos problemas, y evitar así á nuestra patria la más ignominiosa de sus caídas?

No; ni uno solo de los quinientos millones que, como minimum, sustraen anualmente á la economía nacional las Ordenes religiosas, sin las cuales podíamos pasarnos tan divinamente, ni uno solo dejará de sustraerse con este ni con ningún otro gobierno de la monarquía; no será economizada ni una sola peseta de los cientos de millones que devora estérilmente nuestra absurda é irresponsable administración; los doscientos millones de déficit anual medio, que en estos últimos años han venido figurando como gastos extraordinarios, se convertirán en gastos ordinarios y pasarán á aumentar el presupuesto corriente; é inerme y en escombros la nación toda, que no Castilla sólo, seguirá flotando en el agitado mar de la vida internacional como nave desmantelada á merced de los vientos y las olas.

Y vendrá la nueva legislatura, y se votará un empréstito de 1.200 ó de 1.500 millones, que serán absorbidos, en su mayor parte, por la sima sin feudo de nuestra administración, sino lo hubiesen sido ya, porque en esto no hay voracidad que le iguale ni diligencia que le aventaje; y al fin se votará el presupuesto con un superavit ligeramente optimista que nos ayude á cerrar los ojos ante el abismo. Se votarán, acaso, algunas leyes sobre Instrucción pública y sobre organización de la Justicia, que abrirán nuevos huecos en el Presupuesto al parasitismo intelectual pedagógico y universitario; bien que la Escuela y la Universidad continúen, siendo lugares donde se entenebrece el espíritu del niño, se perturba la inteligencia del adolescente y se esteriliza el corazón de la juventud; así como por tales leyes no dejarán de ser los tribunales de justicia argolla del derecho, potro de las libertades públicas y escudo donde se amparan las demasías del poder. Y se votarán acaso también algunas leyes sobre Obras Públicas, que serán, á lo sumo, una especie de refugio para los pobres brazos vencidos prematuramente por la mezquindad de los salarios. Y se cerrarán las Cortes sin haber reformado radicalmente todo el sistema tributario y sin haber establecido una fiscalización rápida, dura y hasta cruel sobre la riqueza, á fin de que paguen los que tienen y según lo que realmente tienen; y el arancel y las tarifas de trasportes y los impuestos sobre las materias indispensables para vivir, continuarán

intangibles como hasta aquí, enriqueciendo á unos pocos y encareciendo la vida de todos, depauperando la raza y arrojando fuera de España á todo el que tenga voluntad y aliento para hacer frente á la vida, sea donde sea.

Y se terminará al fin la guerra europea; la acción legislativa quedará paralizada esperando para orientarse el desenlace definitivo, y la crisis sobrevendrá. El cretinismo mental de ciertas clases sociales les hará regocijarse creyendo que es una crisis de partido; la farándula revolucionaria declamará una vez más, diciendo que el régimen está en crisis; y lo que estará en crisis, acaso definitiva, es nuestra personalidad nacional, es la vida misma de España como nación. Porque, supuesto que no acontezcan sucesos más dramáticos, lo que desde luego puede darse por seguro, es que la actividad febril, desbordante, de vencedores y vencidos, nos envolverá y arrollará rápidamente dentro de la red capitalista y extenderá pronto su influjo á todas las esferas del Estado. Y de este modo, en breve tiempo vendremos á ser la mayoría de los españoles colonos asalariados del extranjero, é insensiblemente, casi sin darnos cuenta, extranjeros en nuestro propio suelo. ¡En este suelo donde vibran y perduran las huellas de nuestras vidas!, ¡donde flotan los recuerdos que en las horas de cansancio y amargura fortalecen y purifican nuestro espíritu!, ¡donde vagan, vigilantes y protectoras, las sombras de nuestros antepasados, á cuyo amparo no merecemos vivir ni morir!

Responsabilidad de los republicanos

La responsabilidad del partido republicano en este *finis Hispanie* que nos amenaza, es mayor que la de ningún otro partido. Y nos alcanza á todos: á los de arriba y á los de abajo; á los militantes y á los retraídos. Si los de arriba merecen la última pena que el Código de justicia popular marque para los políticos prevaricadores, los de abajo merecemos vivir con el vilipendio que vivimos y con la despatriación y esclavitud que nos espera.

La razón es clara. Los partidos gobernantes, excepto aquellos que lleguen al poder empujados por el espíritu revolucionario, son sobre todo partidos de intereses. Salvo excepciones, la norma de conducta que une á los individuos que los componen, es esta: «después de mi interés personal, el diluvio». Ponen luego el interés de partido, luego el interés dinástico, y, por último, el interés nacional. Por el contrario, los partidos revolucionarios que merezcan tal nombre, han de ser ante todo partidos de ideas. De ellos se ha de poder decir, según la frase de Garívet, «que las ideas les son piecra, y los hombres

y sus intereses, cántaro»; y la ley que los una, la norma fundamental de su conducta, ha de ser, «que suceda lo que suceda, debe romperse el cántaro». Así, pues, los partidarios gubernamentales con sentido genuinamente conservador, al consentir que se hunda la patria y el planeta entero antes que ver disminuir sus ganancias ó sus rentas, están siquiera dentro de su carácter, son fieles á su propia naturaleza. No lo somos nosotros al hurtarle al ideal el sacrificio de nuestra comodidad, ó el de nuestros intereses, ó el de nuestra vida, si así es necesario. Ambos somos malos españoles y hombres ruines, sin humanidad ni grandeza: pero nosotros, los republicanos, somos además unos far-santes

Bases y procedimiento para la reconstitución del partido

¿Cabe salir de este bochornoso estado? ¿Cabe reconstituir el partido republicano de modo que pueda actuar revolucionariamente cuando llegue el caso, recoger el poder y ejercerlo con resolución y cordura? Nosotros, á pesar de todo, creemos que sí; y por eso, viendo que otros no lo hacen, tomamos esta iniciativa; y, contando con el beneplácito de nuestros amigos, nos vamos á permitir dogmatizar un poco.

Cualquiera que sea el objeto que se proponga una agrupación humana, para realizarle hay dos maneras de concertar la voluntad y unificar la acción de sus individuos. Una de ellas es la que ha seguido hasta aquí el partido republicano: que ha sido la de esperar que ese concierto y unidad surgiesen espontáneamente de los elementos directores. Se esperó así fundadamente, aunque se ha esperado en vano, que dichos elementos actuasen como actúan las diversas partes de un organismo: distribuyendo y concertando convenientemente sus funciones, á fin de alcanzar la unidad de un solo ser. Pero de esa manera tal unidad dependía en cada momento de una de estas dos condiciones: ó de la unidad de doctrina, es decir, de la homogeneidad espiritual de los tres ó cuatro hombres á cuyo alrededor se ha venido agrupando la opinión republicana, ó de que, en el caso de no existir esa homogeneidad, fuesen capaces esos hombres de renunciar á la parte de su modalidad personal que no concordaba con el sentimiento motor de la voluntad colectiva, que era el restaurar la República. El error de los que desinteresadamente hemos deseado y procurado que el partido republicano alcanzase esa tan deseada é indispensable unidad de acción, ha consistido principalmente, aparte de haber tenido en lo de encontrar hombres buenos fortuna que Diógenes, en olvidar que tal homogeneidad y tal

renuncia sólo son fáciles de obtener de un modo permanente, cuando las agrupaciones humanas tienen por objeto fines exclusivamente utilitarios; ya que la sed de riqueza la sienten casi todos los hombres con igual y constante avidez. Dura y desoladora experiencia nos ha hecho comprender, quizás tardíamente, que cuando se persiguen fines más altos, los cuales lejos de traer bienestar exigen que se le sacrifique, la cuestión se hace déficit y problemática; sobre todo porque las ideas, motores de la acción, no obran en los que han de encauzarla y dirigirla, sino con intermitencia y fugacidad.

Hay que proceder, pues, de otra manera. Esa unidad permanente de acción, que no se ha podido obtener espontáneamente, por la sola virtud de las ideas, en los hombres que se han abrogado la dirección del partido, hay que obtenerla de nuestro propio esfuerzo, por creación colectiva de los que sean capaces de sentir y comprender la importancia y magnitud de este empeño. Hay que crear un organismo que actúe en todo momento como suscitador y condensador de energías, y que á la vez pueda actuar como propulsor en momentos especiales y decisivos; en aquellos en que la tormenta revolucionaria necesite del rayo que la descargue.

Las líneas principales y contenido de ese organismo, nos parece que deben ser estas:

Primera: Abarcar todo el cuerpo político de la nación, extendiéndose y difundiéndose por él como se extiende y difunde la vida en el cuerpo humano, y teniendo su asiento y raíz en el pueblo, tanto en el de los campos como en el de las ciudades; pues el pueblo es como el mar, capaz de recoger en su seno, sin enturbiarse, las turbias aguas de todos los ríos; y, como la montaña, capaz de devolverlas, purificadas en sus cumbres.

Segunda: Ser extraño á toda significación y deliberación doctrinal; porque es hora ya de que en la política del partido (como lo es también en la nacional) la vida recobre sus derechos y no se siga tomando la oquedad de las palabras, sombra de sombras, por realidades tangibles y vivientes. Es hora de que la palabra y la acción ocupen cada uno el lugar que le corresponde, que es el del criado y el señor, ó el del heraldo y el combatiente; ó, á lo sumo, el que ocupan en la Aritmética el cero y las cifras significativas.

Tercera: Ser superior é incompatible con las representaciones del partido en la Prensa, Cortes, Diputaciones y Concejos. Superior, porque tal organismo ha de ser la única realidad permanente del partido, y esas funciones son solamente representaciones accidentales y limitadas, é incompatible, porque siendo dicho or-

ganismo la única realidad permanente del partido, todas las representaciones deben emanar de él, debe ser él quien las designe en las respectivas localidades. No olvidemos que el vergonzoso y corruptor espectáculo de «Juan Palomo, yo me lo guiso, yo me lo como», que se da actualmente, es una de las principales causas del estado de descomposición en que vivimos.

Pero, ¿quiénes y cómo, se nos dirá, han de crear ese organismo, dado el estado actual del partido? En cuanto á «quienes», ya lo hemos indicado antes: todos aquellos republicanos que en estas horas difíciles para España sientan el imperio del deber y quieran aportar su concurso á esta obra, decididos á continuarla por pequeño que sea el éxito inicial. En cuanto al «cómo», contestamos diciendo, «que concertando las voluntades de esos mismos republicanos»; lo cual no será difícil, ya que todos los que acudan á este empeño vendrán movidos del mismo desinteresado anhelo, y tendrán así aquella homogeneidad espiritual que no se pudo obtener nunca de entre los fetiches que ha venido levantando el republicanismo providencialista. De ese concierto brotará, no lo duden nuestros amigos, el organismo que deseamos.

Pues qué ¿no ha de haber un republicano en cada provincia, no ha de haber en España siquiera cuarenta y nueve republicanos patriotas y abnegados, aunque no sean oradores, ni aun elocuentes siquiera, y que de común acuerdo dejen libremente su voluntad en la de uno solo, el cual vendrá así á tener legítima autoridad sobre ellos? Esos republicanos existen sin duda alguna; lo que hace falta es que sacudan su escepticismo, y poniendo en sí mismos su fe, levanten su espíritu por encima del miserable polvo que nos asfixia. Ese núcleo de cuarenta y nueve republicanos, es el germen vital necesario para crear dicho organismo; el desarrollo vendrá enseguida, y quizá más rápidamente de lo que pudiera creerse. Bastará que cada uno de esos republicanos agrupe y concierte luego, dentro de su provincia, la voluntad de tantos otros como cabezas de partido haya en ella y como distritos tenga la capital, de los que residan en ellos; quienes á su vez dejarán libremente su voluntad en la de uno solo, que podrá ser uno de los cuarenta y nueve ó bien otro que le sustituya. Luego, cada uno de estos últimos concertados, agrupará y concertará á su vez la voluntad de tantos otros republicanos como pueblos tenga el partido y barrios ó calles tenga el distrito—uno en cada pueblo y cada barrio ó calle y que residan en ellos—quienes dejarán libremente su voluntad, ya en la de aquel que les concertara, ya en la de otro que le susti-

tuya; y por último se agruparán y concertarán del mismo modo el número de republicanos de cada pueblo, barrio ó calle, que sea posible, no debiendo pasar de treinta cada agrupación.

En este organismo sin comités, juntas, ni nada de esa comedia bufo-parlamentaria que esteriliza y asquea las mejores voluntades, y el cual ni siquiera debe llevar nombre de «Partido», sino sencillamente el de «Organización Republicana», con más el apelativo de la demarcación comprendida, en este organismo, decimos, el jefe nacional, los jefes provinciales, los de partido ó distrito, y los de pueblo, barrio ó calle, todos ejercerán directamente su autoridad unos sobre otros, apoyándose pura y simplemente en el pueblo; y la ejercerán legítimamente todos, puesto que la reciben libremente de aquellos sobre quienes han de ejercerla. Nosotros creemos, que por virtud de esa coordinación de las mejores voluntades, el organismo así constituido será como un centro de atracción hacia el que gravitarán todos los que de veras amen esta maltrecha y caduca España, y vean en la República el único medio de que pueda resurgir á nueva vida, y estén además convencidos de que, si las murallas de Jericó pudieron caer á trompetazos, los sones de las trompetas republicanas no tienen igual virtud para con la monarquía que padecemos; la cual, si ha sabido hundir nuestra patria, no ha sabido luego restaurarla, aunque sí restaurarse á sí misma, y sólo caerá á golpes de barra y de piqueta. Después de todo, así es como se derribaron siempre los edificios viejos y ruinosos. Esa acción, llamada legal, que se ejerce ó puede ejercerse mediante la Prensa, Diputaciones á Cortes, Provincias y Concejos, cuando no sea un vergonzoso negocio de toma y daca, no puede tener otra significación ni otro valor que el de un instrumento de suscitación revolucionaria que las revoluciones pasadas legaron á los revolucionarios de hoy. Hay, pues, que utilizarlo, pero como lo que es: como un medio de preparar la acción colectiva, no como un fin en sí mismo.

Restamos decir dos palabras—únicamente como idea directriz del procedimiento, pues los casos concretos dependen cada uno de variadas circunstancias—de cómo pueden irse anudando sucesivamente las voluntades. Creemos que en vez de combatir á las agrupaciones existentes, en las que hay tantos amigos que formarán junto á nosotros, se debe proceder de modo que hasta la misma ambición política de los que las acaudillan les haga venir en nuestra ayuda. «Porque el pueblo es como el mar: capaz de recibir en su seno sin enturbiarse, las turbias aguas de todos los ríos; y también, como la monta-

ña, capaz de devolverlas, purificadas en sus cumbres.»

He ahí lo que nos hemos creído obligados á decir á todos los republicanos.. Creemos posible de ese modo la reconstitución y unificación total del partido; y creemos, además, que es el único camino que nos queda libre para seguir luchando dignamente; sin sombras ni ambigüedades; sin habilidades, zalemas ni colaboraciones sospechosas; sin arriar la bandera, sino al contrario, manteniéndola en alto, enhiesta y flameante siempre, como símbolo que es de vida y esperanza, y como enseña á cuyo amparo ¡oh amigos que formáis con nosotros la gran familia de voluntad y de ideas!, vencidos ó vencedores, se lucha y se cae siempre con gloria.

DENUNCIA

La ha sufrido el número anterior de EL MOTIN por reproducir la poesía titulada *Santa Cruz, arenga al entrar en acción*, publicada en el número del semanario *El Pendón*, correspondiente al 1.º de Febrero de 1874.

Se reprodujo con el exclusivo propósito de recordar á los liberales de hoy, acobardados ante el clericalismo, cómo se batía el cobre en plena guerra civil, entre los periódicos carlistas y los liberales.

Para que rabien los aliadófilos

En el Libro Gris francés recientemente publicado, figuran muchos documentos que demuestran la razón que tienen los clericales para ser germanófilos. Comienzo en este número á reproducir algunos:

Del documento anejo, número 14, *Carta de X, Lille, á Mme. L. F., en París-Passy*, copiamos:

«Esta semana ha sido terrible para nuestra desgraciada ciudad.

Mil doscientas á mil quinientas personas han sido arrebatadas todas las noches, con acompañamiento de bayonetas, ametralladoras en los rincones de las calles y música militar. Eran, principalmente, muchachas y mujeres jóvenes de todas las categorías, así como hombres de quince á cincuenta años, partiendo, mezclados, en vagones de ganado, en los que se habían puesto bancos de madera, para destinos y empleos desconocidos, aunque diciéndose que para trabajar en el campo. Calcula la desesperación y la angustia de las familias.

Por lo demás, todos los trasladados han mostrado un valor verdaderamente francés. Han sabido contener sus lágrimas, y los trenes han abandonado la estación á los acordes de «La Marsellesa.»

Del documento anejo, número 15, *Carta de M. X., en Lille, á M. V. en París*:

«Hemos visto cómo invadían nuestras

Los escudos de Rösselaere



"Está probado que las reglas y los usos de la guerra fueron frecuentemente quebrantados, particularmente por el empleo de paisanos, incluso mujeres y niños, como escudo de las fuerzas que avanzaban expuestas al fuego."

Informe de la comisión de Lord Bryce acerca de las atrocidades alemanas.—(Raemaekers.)

Ayuntamiento de Madrid

alles, en plena noche, grupos de soldados con la bayoneta calada y ametralladoras (¡qué vergüenza!) y cómo arrancaban de los brazos de sus madres á las jóvenes, á las muchachas, á niños de catorce años, sin piedad ninguna para aquellas madres que imploraban, arrodilladas y deshechas en llanto.

Luego, todos aquellos desgraciados eran amontonados, en coches requisados, y expedidos, como rebaños de esclavos, hacia destinos ignorados.

¡Qué odio más impotente de momento! Pero, más tarde, ¡qué responsabilidad tan grave para la autoridad superior, desde el soldado al general! ¡Dile claramente á nuestro hijo todo esto.»

Del documento anejo, número 16, *Carta fechada el 6 de Abril de 1916, en Lille, y dirigida á Mme E., en Versalles:*

«¿Pero por qué se llevan mujeres, en la proporción de 30 por 100, como estamos viendo desde hace muchos días? ¿Es, efectivamente, para la realización de trabajos agrícolas, según aseguran? ¿Es para formar campos de concentración? ¿Es para repoblar la región de los Ardennes, que se supone despoblada?

Las calles, guardadas en sus dos extremos por tronas llegadas expresamente hace una semana, desde Cambrai ó desde otra parte; ametralladoras dispuestas... Se presentan de diez á quince hombres ante la casa, con la bayoneta calada. Entran dos con el oficial, que escoge y señala á los que han de marchar, concediéndoles, de veinte minutos á una hora, para bajar á la calle con treinta kilos de equipaje. Son llevados luego á un local (iglesia de Fives, Escuela de San José), y de allí á la estación, por el Este.

Las mujeres gritaban al pasar: «¡Vamos á Bélgica, y no á cultivar la tierra francesa!»

Del documento anejo, número 17, *Carta dirigida á Mme. D., en París, por X., de Lille, el 3 de Mayo de 1916:*

«Esto se hace soldadesca. Se coge á los hombres, á las mujeres, á los muchachos, á las jóvenes en todas partes. Sólo se exceptúa las mujeres con niños pequeños. Diariamente se opera en un barrio hacia las tres de la madrugada. Poco después todos están en la estación de Saint-Sauveur.»

Del documento anejo, número 19, *Carta de X., en Lille, fechada el 7 de Mayo de 1916, y dirigida á Madame B., en París:*

«Es espantoso lo que ocurre en Lille. Traslado de 6.000 mujeres y de 6.000 hombres. Durante ocho noches, á las dos de la madrugada, en barrios enteros, el regimiento 64 (procedente de Verdun, decido en Francia), arrancaba á la fuerza muchachas de diez y ocho años y mujeres hasta los cuarenta y cinco, en cantidad enorme por noche. Eran mezcladas en un local y trasladadas para ser dispersadas de Seclim á Sedan, en aldeas abandonadas, granjas, etc. Tienen que trabajar en las cocinas, trabajo m. lesto para los soldados, reemplazar á los ordenanzas enviados á la línea de fuego, y cultivar la tierra.»

Del documento anejo, número 20, *Carta de J., el 8 de Mayo de 1916, á Mme. V., en Berk-Plage:*

«Fué muy triste, y jamás los alemanes se lavarán de la vergüenza de tal conducta. Muchos soldados lamentaban la tarea que se les imponía, pero si los viejos de la *landsturm* enrojaban, los jóvenes suboficiales la ejecutaban con una maestría verdaderamente prusiana.

Hubo, como supondrás, escenas terribles en el momento de la separación. Los soldados conducían á las víctimas á la estación de Saint-Sauveur, sin que los parientes pudiesen acompañarlos. Los trasladados quedaban esperando hasta la noche para ser conducidos en vagones de ganado, en los que se habían puesto unas tablas á modo de bancos. Partían al grito de ¡Viva Francia!, y á los cantos, no menos prohibidos, de «La Marsellesa.» Ha sido la primera vez, después de la ocupación, que se ha oído tales aclamaciones y tal himno. A pesar de su desolación, los desterrados aparecían valerosos.»

Del documento anejo, número 21, *Carta firmada «R.», no fechada, y dirigida á madame B., en París:*

«Se llevaban á las jóvenes de la casa, á las criadas, á los hombres y á las personas de toda categoría y de toda edad. Se fijaban especialmente en la clase obrera, que, desgraciadamente, es siempre la que más sufre. Las señoras y las jóvenes de posición que se encontraban entre los señalados, solían ser puestas en libertad.»

Después de leer lo anterior, nadie dudará de que todo clerical no puede ser más que germanófilo. Coinciden de tal modo lo que los alemanes hacen con lo que ellos piensan y practicaron en pequeña escala en las dos guerras civiles del siglo pasado, que se pondrían en contradicción con su historia y sus instintos si no se pusieran de parte de la culta, filosófica, humanitaria, patriarcal y religiosa Alemania.

En el número próximo continuará publicando trozos del Libro Gris, aunque se pongan rojos de indignación y de ira los partidarios de Francia é Inglaterra.

La verdad hay que decirla, pese á quien pese y rabie quien rabie.

INTIMIDADES Á GRITOS

Ignoro las dudas y vacilaciones que experimentará un hombre digno antes de decidirse á solicitar subvenciones del Gobierno, de los Bancos ó de ciertas Empresas, para ver de prolongar la vida de un periódico que fundó con fines honrados. Si; lo ignoro completamente; mas comprendo que deben ser grandes y muchas, aunque quizás no tanto como las del que se ve forzado á ser franco y explícito con el público en asuntos económicos.

De lo primero se enteran únicamente dos personas: la que da y la que recibe, ambas interesadas en callar. ¿Que no siempre el velo del secreto cubre el acto? Esto importa poco. Aparte de que unos lo creen realiza-

do y otros no, nada pierde en la opinión el que cobra. Hasta gana á veces: «¡Qué bien se las busca Fulano! ¡Qué vivo es!», dicen admirados algunos.

En cambio, de lo segundo se enteran todos, y por cada uno que lo sienta sinceramente, suele haber un par de docenas que se alegran. Y se explica. Es tan sosa y triste la vida del hombre en este misero valle de lágrimas, que tiene que amenizarla buscando satisfacciones en el mal ajeno.

Y después de este corto preámbulo, entro en materia.

Preocupado á ratos con las desnivelaciones económicas que EL MOTIN viene sufriendo tiempo há;

y deseando remediarlas sin recurrir al procedimiento, empleado varias veces, de ofrecer libros á mitad de precio á mis lectores, únicos que los adquieren, pues los libreros no toman hace años ninguno:

le dije á Pey Ordeix, que salió hace días para Barcelona á evacuar asuntos propios:

«Vea usted de paso si algún librero de los que allí negocian con América, quiere comprar á bajo precio la mitad próximamente de los libros que hay por aquí, y que yo hice para que circularan por España. Puede usted ofrecérselos en cantidad de diez á doce mil duros (precio de cubierta.)»

Y efectivamente, á los pocos días me escribió diciendo, que se había puesto al habla con uno de los libreros más importantes, al que propuso la operación, y el cual deseaba ver las muestras para decidir.

Se las envié, con la nota de ejemplares, que ascendía á 73.905 pesetas; advirtiéndole que, si se quedaba con toda la partida, se le haría la rebaja del 75 por 100, y la del 66 si sólo tomaba los necesarios para que percibiese yo cinco mil pesetas líquidas.

Y después de tomarse tiempo para estudiar el asunto, contestó que no le convenía.

Mi propósito, por lo tanto, resultó fallido.

¿Que cuál era? El que he dicho antes: no volver á sacar en público el pañal, ya sobradamente aireado, de los dichosos libros.

¿Que cómo he tenido que apelar á este recurso, habiendo entrado en EL MOTIN bastante dinero desde 1909?

Por mi estúpido empeño de construir capotes rusos para la Habana, que á esto equivale el hacer hoy libros anticlericales.

Por mi pretensión ridícula de contrarrestar con mis escasos recursos la propaganda clerical, cada día más intensa, oponiendo libros á libros, folletos á folletos, hojitas á hojitas, tarjetas á tarjetas.

Por no haberme convencido del todo, hasta que publiqué el tomo Cien sonetos, de que es un disparate com-

prometer ni dos pesetas en publicar nada que huelga á anticlerical: ni la Prensa de gran circulación lo anuncia, ni los libreros lo toman, ni los correligionarios lo compran. A doscientos no llegan los tomos de Sonetos que se han vendido. Para pagar la encuadernación apenas.

¿Que si no tengo otros medios de seguir adelante desahogadamente, que el de vender libros á bajo precio?

Tal vez sí, mas no quiero emplearlos. Me parecería entonces á la mujer orgullosa que de joven hubiese desdénado partidos ventajosos, y perdiese á los sesenta años el derecho á llevar palma en el ataúd, desposándose con un pocero. Cada cosa á su tiempo. Lo mismo en lo bueno que en lo malo.

¿Que por qué, al ver que los libros publicados de tres ó cuatro años acá no se costeaban siquiera, continúe editando otros?

Por esa vaga esperanza que abriga todo el que emprende un negocio. «Ya cambiará esto». «Es imposible que España no vea pronto que el clericalismo la arruina y la degrada». «Todo lo que EL MOTIN le da hoy á los libros, se lo devolverán ellos con creces mañana». Esto me decía yo.

Ahora veo que me engañaba: ni nada ha cambiado, antes bien, se ha empeorado todo, ni los libros se han portado con EL MOTIN cual debieran. Verdad es que no ha sido suya la culpa. Les hago esta justicia.

Sí; esas falsas esperanzas me han traído á esta situación.

Y también mi apresuramiento, cuando reanudó su publicación EL MOTIN en Octubre de 1908, en introducir reformas que aumentaban los gastos.

Comenzó tirando 14.000 ejemplares, que en fin de Diciembre habían ascendido á 18.000. ¿Sí? Pues á duplicar el tamaño desde 1.º de Enero de 1909.

¿Siguió subiendo? Pues á darlo con caricaturas en la primera plana, desde 1.º de Enero de 1910.

¿Continuó la subida? Pues caricatura doble en las dos planas del centro, desde el número 8 de 1911.

Si el periódico daba lo suficiente para vivir sin apuros, ¿cómo no introducir reformas en beneficio de los lectores? ¿Y cómo no arreciar en la propaganda por medio de libros y folletos?

Mas quebró el juego, y me encontré con los gastos aumentados y los ingresos disminuídos, y encima vinieron los procesos y las multas á obligarme á ofrecer por vez primera libros á mitad de precio, y...

Lo que ocurre siempre que se va cuesta abajo: no puede uno detenerse cuándo y dónde quiere. Y menos mal si puede agarrarse á la rama de un árbol que sin darse cuenta plantó antes en la pendiente, pues le evita

á veces la caída, y hasta alguna le permite emprender de nuevo la ascensión, que es lo que pretendía yo al intentar ahora vender esa partida de libros.

No negaré que también ha contribuido á desnivelarme, el no haberme preocupado nunca del porvenir, achaque común á todos los fátuos que confían excesivamente en sí mismos. He dejado que se me eche el toro encima para abrir el capote, y el capote, en tauromaquia y en lidia de ocharvos, hay que abrirlo á tiempo.

A ratos, sin embargo, medio entreveía nubes en el cielo del porvenir; mas se disipaban al ver cuatro habitaciones atestadas de libros. Y acababa diciéndome:

«En último caso, aquí tengo para solventar mis compromisos: el que abarata, vende siempre. Y aún me quedará, si se me acaba de estropear la maquinilla cerebral, lo suficiente para ir tirando un par de años. Y tal vez para dejar algo que impida á alguien echarme económicamente de menos al otro día de hacer yo la última mueca.»

Sí, todo eso me decía. Mas ¡ay! este último incidente ha echado por tierra mis cálculos; digo mal, mis ilusiones, pues ilusiones eran. La realidad ha venido á decirme con su voz dura, pero clara, que no he creado nada, absolutamente nada, pues nada vale menos que unos millares de libros que no se venden.

¿Que hago mal en hablar así, porque los clericales se regocijarán al saber que me encuentro de este modo?

Deseguro. Y harán muy bien. Y mejor aún si sueltan la carcajada, al verme, después de tanto escupir por el colmillo, imposibilitado de proseguir oponiendo mi propaganda á la suya. Y precisamente en los momentos que ellos, comprendiendo que el edificio de la Iglesia, sólido al parecer, está minado en sus cimientos, le han puesto la Prensa por puntal. Y confían más, para que no se derrumbe pronto, en el periodista que en el sacerdote; en la hojita que en el sermón; en el folleto que en la pastoral; en el libro que en la encíclica.

Y por esta razón, antes que para las necesidades del culto, y que para sacar ánimas del Purgatorio, y que para el dinero de San Pedro, piden para publicar periódicos, libros, folletos, hojitas; para todo lo que he hecho yo sin ayuda de nadie; para lo que hoy no puedo hacer; para lo que probablemente no haré ya. No quiero exponerme á reventar de una indigestión de papel impreso, después de los varios cólicos que he sufrido por atracarme glotonamente de tan indigesto manjar.

Y vamos ahora con el problema que me plantea el fracasado intento de vender libros al por mayor para faci-

litar vida desahogada á EL MOTIN sin molestar á nadie.

Una vez convencido de que los libros anticlericales no valen nada ¿qué hago con los que tengo?

¿Venderlos al peso, ahora que el kilo de papel inútil alcanza un precio que nunca tuvo?

No digo que no me vea obligado á hacerlo algún día, mas creo que no debo apresurarme. Como nadie puede jactarse de haber tocado el fondo de ninguna situación, ni en lo favorable ni en lo adverso, aguardaré para hacerlo á verme, no ya con el agua al cuello; llegándome á los labios.

¿Anunciarlos otra vez á mitad de precio?

No me atrevo. Me olería la proposición á conato de estafa.

¿A la tercera parte?

Tampoco. Aun siendo menor el provecho, persistiría el olorcillo.

¿Qué hago entonces? ¿Dejar en libertad á cada ciudadano que aspire á condenarse, de pagar los libros al precio que quiera, en la seguridad de que se lo agradeceré como favor?

Me parece lo mejor. Aunque en realidad venga á ser lo mismo, en apariencia resulta una hoja de parra más grande. Y como vivimos de apariencias más que de realidades...

¿Qué tiempo durará esto? No puedo fijarlo. Dependerá del que tarde en reunir las cuatro mil pesetas que necesito para salir de todos mis compromisos limpio como una patena; sobre todo de los que se solventan sin canjear ningún documento.

¿Las reuno pronto? Pues pronto.

¿No las reuno en dos años? Pues dos años.

¿Y después?

Después...

Cualquiera adivina lo que le ocurrirá dentro de dos años estando todo como está.

¿Y en España!

Otro párrafo y termino.

Si se me pidiera que tasara este artículo, justipreciando equitativamente las dudas que tuve antes de escribirlo, y los esfuerzos heroicos que he hecho para contener mi pluma, que se me iba, unas veces al estilo peculiar de la indignación, otras al de la sátira, flageladora de mezquindades y cobardías, y algunas al del sarcasmo desdeñoso, creería pecar de modesto si dijese que valía él más, infinitamente más que todos los millares de tomos que he hecho para convencer á mis compatriotas de que esta nación será tragada, digerida y defecada por el clericalismo, si no tienen ellos, y pronto, uno de esos arranques de los pueblos viriles y dignos, y en los que entran por partes iguales el coraje, la justicia y el instinto de conservación.

JOSÉ NAKENS

Libros que puede adquirir cada comprador al precio que guste, siempre que no sea menor de la cuarta parte.

Enviará además cinco céntimos por tomo para el franqueo.

Y un real para el certificado, lo mismo llevando un libro, que los que entren en un paquete de cuatro kilos.

DE JOSE NAKENS

A DOS PESETAS

Cartas y dedicatorias.—Verdades al Pueblo (Juan Lanas).—*Libertad y á ellos!*—*Muestras de mi estilo.*—*Milagros comentados.*—*De todo un poco.*—*Chaparrón de milagros.*—*Cosas que he dicho.*—*Más cosas que he dicho.*—*Picolazos en la cresta.*—*Trallazos.*—*En broma y en serio.*—*Yo, hablando de mi.*—*Clericalismo en solfa.*—*Trozos de mi vida.*—*Variedad en la unidad.*—*Asuntos diversos.*—*Calumnias al clero.*—*Más calumnias al clero.*—*Nuevas calumnias al clero.*—*Tras calumnias al clero.*—*Cosas de ellos.*

Están agotadas las obras siguientes: *Cuadros de miseria.*—*Degradaciones y cobardías.*—*Puñado de ironías.*—*Mi paso por la cárcel.*—*La celda número 7.*—*Humorismo anticlerical*

A PESETA

Espejo moral de clérigos (Flores místicas).—*TEATRALES:* *Dios, Patria y rey.*—*¡Ojo al Cristo!*—*Y dice el sexto mandamiento.*—*Virtudes del clero.*—100 sonetos.

A 15 céntimos.

Veinticinco sonetos políticos.—*Veinticinco idem anticlericales.*—*Otros veinticinco idem políticos.*—*La dictadura republicana.* (Folleto).

BIBLIOTECA ANTICLERICAL DE BOLSILLO

Anticlericalismo al por menor.—*Anticlericalismo al menudeo.*

COLECCION DE FIERAS CLERICALES FOLLETOS Á QUINCE CÉNTIMOS

El cura Santa Cruz.—*Saballs y Cucala.*—*Rosa Samaniego y Jergón.*—*D. Alfonso y D.^a Nieves.*—*El Conde de España.*—*Cabrera.*—*Zumalacárregui.*—*Dorregaray.*

DE VARIOS AUTORES

A PESETA

Ciencia y religión, por Malvert (85 grabados).—*Dios ante el sentido común,* por Juan Meslier.—*La guerra de los dioses,* por Evaristo Parry.—*Galanterías de la Biblia,* por id.—*Almanaque del carlismo para los años 1913 á 1999.* Con 18 grabados.—*Almanaque cómico del carlismo, para los años 1914 á 1999.* Con 60 caricaturas.—*El Citador,* por Pigault Lebrun.

Agotadas: *La religión al alcance de*

todos, por Ibarreta.—*Testamento del cura Juan Meslier.*—*Las ruinas de Palmira,* por Volney.

LA MUSA ANTICLERICAL

A PESETA TOMO

Cuatro tomos de *Poesías festivas anticlericales.*—*Sonetos y romances anticlericales.*—*Menudencias anticlericales, en verso.*—*Cantares, epigramas y cuentos anticlericales, en verso.*—*Chascarrillos anticlericales, en verso.*

BIBLIOTECA DE LA INQUISICION

A PESETA TOMO

Almanaque de la Inquisición (con 20 láminas).—*El Santo Oficio.*—*Los Autos de Fe.*—*Quema de brujas en Logroño.*—*Carne ultrajada y quemada* (colección de Autos de Fe).—*Despojo, infamia y hoguera* (colección de Autos de Fe celebrados por la Inquisición de Córdoba).—*Auto general de Fe en Madrid de 1680.*—*Ahorcados, quemados y robados.*

Conferencias de Ingarsol

A VEINTICINCO CÉNTIMOS

Cómo se fabrican dioses.—*Herejes y herejías.*—*Después de la muerte.*—*Célebre conferencia de León Taxil.*

LAMINAS EN CARTULINA

Tamaño 40 por 15 á 25 céntimos una. Cuarenta y cuatro láminas representando los tormentos que aplicaba la Inquisición y otras crueldades de la Iglesia.

POSTALES ANTICLERICALES

Cuatro colecciones, cada una de diez tarjetas, á 50 céntimos.

Sueltas, 10 céntimos una.

Tanto los folletos como las láminas se servirán también sueltos.

Biblioteca del Apostolado de la Verdad

FOLLETOS Á QUINCE CÉNTIMOS

Primera serie

1.^o *La vuelta de Cristo,* por José Nakens.—*La lujuria del clero,* según los Concilios.—3.^o *El diablo,* por Roberto Robert.—4.^o *Cristo en el Vaticano,* por Víctor Hugo. 5.^o *El ro-*

mancero anticlerical, por varios autores.—6.^o *Pueblo y aristocracia,* por Pey Ordeix.—7.^o *Historias de la corte celestial,* por Narciso Campillo, (primer folleto).—8.^o *Mónita secreta de los jesuitas.*—9.^o *A una madre,* por Ramón Chies.—10. *La democracia y la Iglesia,* por Potvin.

Segunda serie

1.^o *Dios,* por Suñer y Capdevila.—2.^o *Los milagros,* por Roberto Robert.—3.^o *Lo que se comen los curas,* por Fray Gerundio.—4.^o *Viaje al Infierno,* por José Nakens.—5.^o *La libertad de Enseñanza,* por Edmundo González Blanco.—6.^o *La papisa Juana,* por Julio F. Mateo.—7.^o *Sonetos piadosos,* por varios.—8.^o *Las 67 preguntas,* por el célebre teólogo Zapata.—9.^o *Historias de la corte celestial,* por Narciso Campillo (segundo folleto).—10. *Frailes al desnudo.*

Tercera serie

La moral y la Iglesia.—*Las costumbres y la Iglesia.*—*La miseria y la Iglesia.*—*La riqueza y la Iglesia.*—*La esclavitud y la Iglesia.*—*La ignorancia y la Iglesia.*—*El crimen y la Iglesia.*—*La mujer y la Iglesia.*—*La familia y la Iglesia.*—*El celibato y la Iglesia.*—*La política y la Iglesia,* todos por Dom Jacobus.

Glorias del carlismo

HOJITAS CON LAMINA CINCUENTA CENTIMOS EL CIENTO

EL MOTIN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta obra con el 25 por 100 de rebaja.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 13, MADRID